Enrique Molina Garmendia: *Lo que ha sido el vivir (Recuerdos y reflexiones)*. Concepción: Editorial Universidad de Concepción. Cuadernos Atenea. 2ª ed., 2013, 415 pp. ISBN 978-956-227-369-5

SERGIO CARRASCO¹

Una afortunada decisión ha sido la publicación de unas modestamente denominadas “notas”, sobre las cuales su autor indicó: “mucho he vacilado antes de ponerme a escribir...(para)ir diciendo mi verdad... a los lectores” (pp. 69-70).

El relato de sus recuerdos y reflexiones se inician desde su niñez y se detienen hacia 1948, cuando terminaba su desempeño, por un año, como ministro de Educación Pública, dieciseis años antes de su muerte.

De la obra del Rector Fundador (1919-1956) y más tarde Emérito y Vitalicio de la Universidad de Concepción, se han publicado fundados libros y artículos (como los de Miguel da Costa, *Crónica fundacional de la Universidad de Concepción (1917-1920)* y *Las obras completas de don Enrique Molina*). También sobre su personalidad (entre otros, del Dr. René Louvel, *Crónicas y semblanzas de Concepción*). También sobre los difíciles tiempos del desarrollo académico y material de la nueva Universidad (notable es la obra *El Campus de la Universidad de Concepción. Su desarrollo urbanístico y arquitectónico*, del arquitecto Jaime García Molina).

Las “notas” están precedidas por el prólogo del escritor Mario Rodríguez y, luego, por las introducciones de los rectores David Stitchkin (1956-1962) e Ignacio González (1962-1968). Sobre todo la de este último, quien lo conoció muy directamente, contiene enfoques de lucidez sobre las condiciones y significación del educador y constructor que fue Molina. La obra se completa con apéndices de interés.

El mérito esencial de estas no breves “notas” se encuentra en la escritura sincera y llana, propia por lo demás de los espíritus selectos. En la obra, “don Enrique” (como todos lo mencionaban) sin descender del sitio que le asignó su época, de la gran figura intelectual de Concepción en la primera

¹ Profesor de la Facultad de Derecho, Universidad de Concepción. Concepción, Chile. E-mail: scarrasc@udec.cl

mitad del siglo XX, va descubriendo, con amenidad, la vida de un “joven de La Serena” (“todo es para mí en ella fuente de emoción”); su sufrida adolescencia (su madre, Mercedes Garmendia, falleció cuando él tenía sólo tres años y la relación con su padre, Telésforo Molina, “el negro Molina”, procurador judicial, la describe en su complejidad (pp. 70-75-82).

De lo escrito se aprecia que todo ello no fue finalmente obstáculo para que se desarrollara en él un carácter ponderado y una sólida intelectualidad, así como la vocación “de educador”, condición ésta que recorrió su vida, dejando atrás al abogado (en 1902; antes, en 1892, obtuvo el título de profesor de Historia, Geografía y Filosofía).

La obra presenta, también, otro mérito; el autor describe —ya con motivo de sus primeros trabajos y responsabilidades— la carga no menor de carencias, dificultades e incomprensiones que se le producen en el Liceo de Chillán (1893-1903) y como rector en los de Talca (1905-1915) y de Concepción (1915-1935), los menos sí en esta ciudad, que le fue muy grata.

Antes ya evidenciaba un claro sentido del humor al recordar su aprendizaje en el Instituto Pedagógico (“como buenos estudiantes andábamos siempre hambreados”, p. 107), pero, en todo, lo hace sin amarguras ni resentimientos, simplemente como experiencias.

En las “notas” aparece su estrecha vinculación con los principales de la cultura nacional. Así, entre muchos otros, el jurista Leopoldo Urrutia (me dijo: “Para que sea un maestro”, p. 111); Miguel A. Varas (“es una bendición para la juventud tener a alguien a quien admirar y en quien creer”, p. 112) y tantos más con los cuales compartió experiencias: Federico Johow; Rodolfo Lenz; Pedro Prado; Juvenal Hernández; Valentín Brandau; el Dr. Manuel Barros Borgoño; Carlos Silva Vildósola, culto periodista y escritor; Antonio Acevedo Hernández; Augusto D’Halmar; Guillermo y Amanda Labarca; Gabriela Mistral (“pude admirar su espléndida y esbelta figura de elegancia sólida”, p. 220); Laura Rodig (autora de la escultura de su rostro); Samuel y Baldomero Lillo (en el hogar de quienes, en Lota, compartió vacaciones); el Padre Antonio Castro; Hernán Rodríguez de la Sotta; Narciso Tondreau, el gran educador en Chillán y, entre otros, Edward Alworth Ross, sociólogo de la Universidad de Wisconsin; también Vicente Blasco Ibáñez, a quien conoció en Europa (1911), becado por el Gobierno de Chile (donde declara también “obtener una comprobación más de la incurable ignorancia de los europeos sobre nuestros países” (p. 189).

A través de todas estas vinculaciones se aprecia a don Enrique Molina siempre preocupado por los aspectos metodológicos de la enseñanza, especialmente de la historia (p. 172); del desarrollo de su vocación intelectual,

traducida en varias obras, como la *Filosofía de América* (p. 248), entonces muy difundida, y también, de su capacidad psicológica (sobre el joven médico, después sacerdote, Bernardino Piñera Carvallo escribe: “Tenía por delante un auténtico llamado del espíritu y no pude dejar de sentir en mi alma su claro reflejo que ha sido un grato recuerdo perdurable”, p. 291).

Lo central de “las notas” no se encuentra en su actividad como rector de la Universidad de Concepción, si bien comenta que su actitud de defensa de ésta está siempre presente. Interesante es el recuerdo de lo que debió hacer en defensa del patrimonio de la Lotería de Concepción, cuando “la libré del zarpazo” de los senadores Rudecindo Ortega y Pablo Neruda, quienes propiciaron destinar parte de sus ingresos para una Casa de Cultura que se establecería en Santiago (p. 316).

También se contienen en la obra sus estrechos vínculos con todos los sectores de la ciudad de Concepción. A muchos ya los había conocido como rector del Liceo de Hombres, donde prácticamente se educaron casi todas las personas de la elite penquista.

Al respecto es interesante que don Enrique Molina, pese a su destacable figuración pública, nunca estuvo especialmente vinculado a ninguna tendencia política o a organizaciones de distinta importancia. Así lo precisa en estas “notas”. No obstante, mantuvo buenas relaciones con todas éstas y con ecuanimidad y procurando evitar dificultades dentro de la Universidad, no tomó parte en los conflictos locales. No obstante, de estas notas surgen nítidas sus propias convicciones. Así, escribe: “Las doctrinas comunistas... creí indispensable formarme conceptos claros y honrados y tomar una actitud definida al respecto. Resultado de mis estudios fueron tres conferencias que en noviembre de 1933 di en la Universidad de Chile. Llegando a conclusiones contrarias al marxismo como doctrina interpretativa de la evolución social” (p. 266). También sobre la masonería, tan vinculada a la Universidad penquista, “... vino a sellar las resistencias que yo sentía hacia la institución a causa de sus procedimientos secretos” (p. 150).

En lo político y salvo su desempeño como ministro de Educación Pública del Presidente Gabriel González Videla, sólo ya cuando no era Rector, en 1958, junto al historiador Francisco A. Encina y al diplomático Emilio Bello C., formó parte del Comité de Honor de la candidatura del luego elegido Presidente Jorge Alessandri.

Obra de contenido y espontaneidad, don Enrique Molina –con la modestia de su intelectualidad– se pregunta hacia el final: “Queda dicho lo que ha sido mi vivir. ¿Valía la pena referirlo?” (p. 319).

Sin duda que sí.